

7-24-1998

Interview no. 944

Clara Gertel

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

Recommended Citation

Interview with Clara Gertel by Sandra McGee Deutsch, 1998, "Interview no. 944," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

Jewish Women in Argentina
Oral History Project

Clara Gertel
By Dr. Sandra McGee Deutsch

July 27, 1998

Mi nombre es Sandra McGee Deutsch. Y estoy aquí, con Clara de Gertel. Y esta grabación forma parte de un proyecto sobre la historia de mujeres judías, en la Argentina. Vamos a empezar, entonces, con Polonia.

G: Con Polonia. Bueno. Yo nací en 1914, en plena guerra: la primera guerra. Los judíos en Polonia, en el pueblo que yo vivía, yo no te voy a hablar de Lodz, ni Varsovia, pero donde vivíamos toda la gente de, más o menos, no de altas... de fabricantes, de cosas... gente de trabajo, gente de mucha religión, se podían morir de hambre, pero estaban siempre con la Tora. ¿Vos sabés lo que es la Tora? Ahí estaban. La mujer vendía y compraba una gallina y con eso se vivía. El hombre estaba en la sinagoga estudiando la Tora. ¿Sabés lo que es la Tora?

M: Sí. Sí.

G: Bueno. Y había mucha pobreza, mucha miseria. Y los judíos se apartaron ellos mismos. Era un ghetto, un pueblo. En el pueblo estaba el almacén, la carnicería, todo lo que se necesitaba para vivir, estaba en el pueblo. Para los católicos, afuera del pueblo. No vas a creer que no se tomaba un vaso de agua en la casa de un goy. El odio era todo religioso. Los judíos no querían a los goim, porque... yo no fui a ninguna escuela del Estado, porque mi papá no me

va a permitir que yo me persigne. Había que persignarse ante la maestra, qué sé yo. [papá] Me traía maestras a la casa y ahí aprendí a leer y escribir, y qué sé yo.

M: ¿En polaco o en yiddish?

G: En yiddish. En yiddish. Había gente que vivían toda la vida, que sus abuelos nacieron en Polonia, y no sabían hablar el polaco, porque no se usaba el idioma, nada más para hacer alguna compra y venta. Porque el judío en Polonia no tenía trabajo artesanal. El trabajo manual era mal visto de los judíos. Lo que era bien visto, [eran] los que estaban en la sinagoga estudiando. En la casa podía faltar el pan, podía vivir, qué sé yo, cómo, no importaba. Entonces, esta separación de comercio que el goy había que el judío la va a engañar siempre, no le tenía confianza para nada, y el yiddishe no quería saber, nada, nada, nada.

Entonces era un auto aislamiento: todo separado, todo, todo.

Si los judíos en Polonia hubieran vivido como nosotros, los judíos [que] vivimos en estos países latinoamericanos, porque yo estuve afuera y estuve con mucha gente de toda latinoamérica, que nos juntamos y vemos actos y todo, en París, hubiera sido otra cosa. ¿Sabés? Alguien nos hubiera protegido. Pero el odio, la ignorancia, la religión era tan profunda, uno tenía ya, a lo menos, cuando yo vine acá, tenía... porque Polonia, no tenía salida al mar. Yo fui, tenía que ir a una ciudad que se llama Gdansk Gdin.

M: ¿En qué ciudad naciste? Se me olvidó preguntarte. O ¿en que pueblo?

G: Ah, yo nací, no sé, si quieres yo te lo apunto.

M: No, no. Está bien. Te sigo.

G: Yo nací en Tishovse, un pueblito. Pero, pertenecía a Tomashov. Acá se dice, el partido tal, qué sé yo. Allá se dice, yeni a lowelska, la tierra ya... venía de Lublín, de una ciudad más grande. Pero eso nada que ver, nada que ver, porque no había contacto de nada. En Polonia había un régimen feudal. Cada terrateniente tenía sus tierras y tenía sus esclavos. Se llamaba feudal, pero era esclavitud, ¿viste? Y cada terrateniente tenía un administrador judío, porque los judíos, sabían hacer negocios para él. ¿Me entendés? A él se le pagaba. Mi papá era un administrador de un gran terrateniente. Nosotros, los hijos, no conocimos la casa de este hombre, mi papá, sí. Y ahí iban por el pueblo a algún lado, él estaba sentado al lado del terrateniente que, muy pocos judíos estaban sentados en ese breche, se llamaba hodrichky, con cuatro caballos. Cuando llegó Hitler, en el [19]33, le ordenó a todos los terratenientes que saquen a los administradores. Ese hombre los sacó. Mi papá se enfermó y se murió de tristeza; de enfermedad también, porque no había un pueblo, no había médico: no había nada. Una cosa muy triste la vida que hemos tenido. No te voy a hablar de Varsovia. Cuando yo conocí, más o menos, un poco, una ciudad grande, tenía seis, siete años. Mi madrastra me llevó. Y yo vi que sacaban agua de la pared. Cuando volví a mi pueblo, le decía a todo el mundo que yo voy a vivir en

una ciudad que va a salir agua de la pared. La gente se mataba de risa. [risa] ¡Era una ignorancia tan grande! Pero esto fue aparte. La parte económica, muy mal, porque el judío vivía del aire: de que vendió una cosa, compró otra, ganó un peso. Porque el hombre de la casa estaba en la sinagoga. La mujer estaba en el negocio.

M: Te entiendo. Ahora, en tu casa fue distinto, ¿no es cierto?, porque tu papá estaba trabajando.

G: Sí. Sí. Pero abundancia, no. Sí, nosotros teníamos una casa linda, la única casa de dos pisos en el pueblo. Pero no había nada: ni luz, ni gas, ni agua, ni para donde tirar, ni adónde ir al baño. No había ningún trabajo sanitario en mi pueblo. Hacíamos las necesidades, caía la lluvia o la nieve, o sin nada. Antes de irme yo, la municipalidad hizo unas paredes de madera, de tablas, en un lado, sin techo: en un lado las mujeres, en otro lado los hombres. Y ahí, había una tabla con un agujero. Y abajo había un pozo. Cada tanto que se llenó el pozo, se abría una zanja y iba el agua al río. ¿Te das cuenta? Era una cosa, yo no sé, no había enfermedades, por un milagro, porque... . ¿Es así, o no? Bueno. En este... ¿cómo te diré? No sé cómo llamarlo. Ahí nació yo. Que de noche, vos todo el día hacías la comida, qué sé yo, no había adónde tirar el agua: se juntaba en un balde. De noche, vos salías a la calle y tiraste, porque la calle estaba de barro, no había asfalto, no había nada. Pero el policía te hacía una multa. Entonces, había que tirar el agua calladito, porque si dabas un tirón, se

sentía, y el milico, enseguida, estaba al lado tuyo, y te pedía una multa. Era una vida tan primitiva, tan... . Yo no sé. Yo tengo muchos libros cómo vivían en otros pueblos antiguamente. Pero nosotros, en Polonia, era mucha miseria, mucha necesidad y mucha cultura: los mejores escritores. Yo tengo libros.

M: Sí, sí.

G: ...Salieron de Polonia.

M: Yo quería preguntarte sobre tu formación. Entonces tu papá estaba interesado en tu formación.

G: Sí. [de] Todos mis hermanos mayores, éramos seis, la única que estudió y sabía leer y escribir, fui yo. Mis hermanos, una hermana mayor, no sabía ni leer ni escribir. Mi papá sabía davenen. ¿Sabes lo que es daven: rezar. Pero escribir, no. Y era un tipo que llevaba sobre sus espaldas todo un pueblo a beneficio de ese tierrateniente.

M: Claro.

G: Él le construyó un molino. Y no había en el barrio de todo... otros campos, así... campesinos. No había un molino, había como una cosa, así hacía la harina. Y mi papá le construyó un molino. Se hizo millonario. Aparte tenía a la gente para los trigos, para las cosechas, todo, todo, todo. Cuando muere mi papá, nos dejó tierra.

M: Primero quería preguntarte, ¿cómo es entonces que tu papá te dio la posibilidad de estudiar, si él no sabía y...?

G: Pero cuando vinieron los socios, porque mi papá era comerciante de postín. Allá, vos tenés, cuando... . Hay

muchos negocios. Según el negocio, tal categoría tenés. Si vos, por ejemplo, comprabas y vendías vacas, o caballos, era feo. [risa] Era cosa tan... tan tremendo, tan... no te puedo explicar. No sé cómo llamar todo eso. Porque si yo tenía, yo todavía era chica, pero si un muchacho quería a mi hermana, y su padre vendía caballos, o qué sé yo, mi papá no le va a permitir que se casen. Era así la vida entre los judíos. Cada grupo de judíos religiosos tenían un rabino, pero no es el rabino como le dicen acá, para matar la gallina: un rabino que hace milagros, querida. Yo tenía una tía, la hermana de mi mamá. Yo a mi mamá no la conocí. [yo] Tenía seis años cuando murió mi mamá: tenía cuarenta y dos años; ya tenía seis hijos. Porque en aquel entonces vivían como los animales. Otra cosa no te puedo decir: [vivían] en la pobreza, y todo lo que Dios mandaba, se recibía. Era mucha ignorancia. Entonces, ella tenía su rabino que hacía milagros y tenía una hija que nació sin seso, ¿por qué?, porque se casó con un primo, ¡y de la misma sangre!, Pero no, nadie entendía eso. Entonces ella en vez de llevarla al médico, la llevó a ese rabino. Ese rabino, bueno, ¿lo viste?, él está sentado en una pieza, en una sala, y adelante está sentado un hombre y recibe todos tus problemas por escrito. Y vos le das lo que puedes: si sos rica, le das más, si sos pobre, le das menos: pero hay que darle algo. Y éste le entregó a este rebe todos tus pedidos. Y el rebe le mandó decir que vaya tranquila a su casa, que él va a pedir a Dios todo lo que ella necesita.

¡Esas cosas tan tremendas! Y no se podía [hacer] nada. Yo ya estaba un poco, ¿viste?

M: Por eso te quería preguntar cómo es que tu papá dijo que ibas a estudiar, si tus hermanos no estudiaron, y él no estudió, ¿cómo es que vos tuviste la oportunidad?

G: Yo tuve la... me gustaba. Las viejitas que perdían sus hijos en la primera guerra, venían y yo les escribí cartas, a preguntar, en tal parte, en tal parte tenían las últimas direcciones de sus hijos, y a mí me gustaba. Y además, que me gustaba mucho la lectura. Había un judío viejito que andaba por los pueblos vendiendo libritos judíos: cuentos. Y yo le compraba y los leía: un cuento como para chicos, no era libro. Y a mí me gustaba mucho. Y después, cuando más grande, yo tengo libros en yiddish, de todos los escritores yiddishe.

M: ¿Y tu papá quería que estudiaras?

G: Sí, sí, sí. Pero una vez se enojó, porque se bajó y me arrancó el libro, yo estaba en la cama y me dijo, que estos libros me enseñan a no creer en Dios. Porque yo, a medida que iba un poco avanzando, a medida que yo abría un poco los ojos, y eso a mi papá no le gustó. No se podía, ¿viste? Así que, había cosas, pero ya no me lo podía quitar, lo que me dio de chica. Yo tenía una maestra que venía a mi casa, me enseñó. Si vos supieras nada más el estilo cómo se nos enseñó a escribir, es para matarse de risa. Ella puso así, unos cuantos renglones, y yo lo tenía que copiar hasta abajo: todo lo mismo, todo. Porque no había método de nada.

Esta señora está ahora en la Argentinna. Cuando yo llegué, ya la encontré acá. Pero una cosa, que éramos... yo no te podía explicar qué vida era de nosotros. Todo por [la] religión: todo, todo. Sabes, la última vez que no quise más ayunar en Yom Kippur, era que yo estaba cuidando un montón de fruta que venía de las ciudades de Varsovia, de todo, y la llevaron, la compraron. Y yo cuidaba esto, porque mi papá tampoco ya vivía, era mi hermano que fue a rezar y yo me quedé.

M: ¿En el mismo pueblo?

G: No, no. Más afuera.

M: Ya estuvieron afuera.

G: Y pasaron los campesinos con sus cosas para trabajar, al hombro, y se bajaron, y levantaron una pera, una manzana: no se podía decir que no [lo hicieran] porque era peligroso. Entonces yo dije: "Cómo, yo... . Hoy...", yo ayunaba, "[es] Yom Kippur. ¿Cuántos dioses tenemos, entonces? Si yo, mi Dios me dice que, yo no me puedo peinar por no romper un cabello... . Y este hombre está comiendo". Levantó la fruta y la comía. Ahí empecé a pensar todo sola, pero porque con la ayuda de las lecturas. Y mi papá no se equivocó cuando me sacó el libro. [risas] Dijo que los libros me enseñaron a no creer en Dios. ¿Entendés? Mi papá tenía la barba hasta acá y no era... . Cada grupo de judíos rezaron aparte: los artesanos, los carpinteros, albañiles, qué se yo, aparte, los que llevaban esas trenzas, esas cosas, qué sé yo, aparte. Era entre el mismo judaísmo, era

cosas que no se juntaron uno con el otro, no se casaron uno con el... entre los mismos judíos. Cómo vivíamos, ¿vos te podés explicar eso? Acá, a quién le importa lo que soy yo, lo que quién sabe... allá es tremendo, tremendo.

M: ¿Cómo es que saliste del pueblo entonces, que fuiste al otro lugar, cuando murió tu papá?

G: No. Yo seguía viviendo siempre en la casa, pero teníamos el campo, la tierra, afuera. Ibamos yo y mi hermana a trabajar en la tierra a...

M: Cosechar.

G: ...Todo. A cortar. Todo con la mano. Todo: a plantar, a sembrar, porque dieciséis mordis... yo no sé acá, cuánto es en hectáreas, allá se llama mordi. No tenés maquinaria. Todo se hace a mano. Maquinaria, y no [para] todo, tiene el terrateniente, pero uno así, de campesino pobre, no tiene maquinaria. Todo se hace... vos ponerle el coso con el trigo y yo acá y vos ahí, y el trigo ahí, en el medio; y con un palo lo estamos pegando y no chocamos, no nos matamos uno al otro. Nada más se pegan en la paja del trigo, sale el trigo y queda la paja. Y después con un cedazo se saca el grano: todo a mano; no había... . Ahora, el terrateniente tenía, pero no tanto. No tenía, como hay ahora. Es una cosa, de no hablar de la vida, cómo se trabajaba, cómo se vivía, cómo se comía. La mujer se tenía que levantar a media noche a hacer la comida, porque el hombre se iba cuando oscuro todavía: sin reloj, sin horario, sin nada. Se fue con lo oscuro y volvió cuando ya era de noche. Y se

llevaba la comida para todo el día. Y la mujer cuidaba a los hijos, cuidaba la huerta, cuidaba todo. Y trabajaba en haber si podía ganar un peso, porque lo único que un campesino gastaba plata era: para kerosén para la lámpara; sal y arenques. Yo hago arenques sola, acá. Y allá se come mucho. Lo demás, todo, el campesino, lo que comió, lo que necesitaba, lo plantaba, lo producía solo. Y todo lo que le sobró, lo vendía en el pueblo. Salió del campo con lo que... todo al hombro y se puso en el suelo a vender una cebolla verde, una planta de esto, una planta de otro, para comprar cosas que necesitaba. Lo demás, todo se producía. ¿Viste? Cuando yo llegué acá, yo veía que las mujeres tomaban mate por la mañana, sentadas, ni ahí había, afuera, ladrillos, cemento, forma, qué sé yo. Y yo decía, están ahí sentadas y no plantan nada. No lo podía entender... en este ambiente yo me crié. Después, cuando empezó a salir el sionismo, porque primero, los judíos, hay todavía hoy, en Israel, que piensan que tiene que venir Mesías...

M: Sí.

G: Que ese no es el Israel prometido de Dios. Entonces no lo reconocen. Entonces los judíos todos, los religiosos, pensaron que hay que esperar, que hay que portarse bien, que hay que rezar día y noche para que venga el Mesías. Sale un tipo que se llamaba Teodoro Herzl...

M: Claro.

G: ...Él recibió una piedra en la espalda, en Viena, en una reunión, ni sabía que era judío. Y de este accidente sale

el sionismo político, no sionismo religioso. Entonces ya la juventud judía, la más avanzada, digamos, la que... porque había hombres, muchachos judíos, y también estaban en la sinagoga, sin nada. Pero desde que se hizo ya una cosa... más se ha avanzado [en] lo que empezó Herzl a trabajar. Después ya había ya Jabotinsky, que era el que decía que hay que ir a pelear con los ingleses y... . [inaudible]

M: Sí, sí. Queremos más bien, enfocar en tus experiencias.

G: ¡Ah!

M: Entonces, estuviste ya trabajando en el campo, ¿a qué edad, más o menos?

G: Qué sé yo, quince años, dieciséis años. Después conocí a un muchacho de estos, que iba a ir a Israel. Estaba tres años en un... porque los ingleses decían que en Israel se necesita mano para trabajar, no manos de señorita, porque el hombre en Polonia, el muchacho, qué hacía, nada. Entonces se iban al...¿cómo se llamaban?, kibutz, ¿sentiste nombrar?

M: Sí, sí, sí.

G: Se hicieron los kibutz y mi marido quería ir a Israel. Y [mi marido] estaba tres años en el kibutz. Para conseguir un permiso de los ingleses, porque Inglaterra tenía el mandato, ¿sabés de la historia de Balfour?, de la declaración de Balfour. Pero los ingleses hacían muchas cosas para no entregarlos, ¿viste? Entonces mi marido volvió al pueblo después de tres años, porque no consiguió, porque él, trabajo físico, no sabía hacer. [risa ahogada] Entonces nunca le dieron permiso. Tenía que estar para

casarse conmigo. Y ahí nos casamos. Y yo tenía un hermano acá y, bueno.

M: ¿Vos nunca fuiste a una gran ciudad en Polonia, siempre viviste en pueblitos y trabajando en el campo?

G: Claro. En el campo, en el pueblo. Lo que sí, que no nos faltó nada, porque estábamos dentro de toda la miseria, dentro de todas las necesidades. Nosotros [fuimos] de las pocas familias del pueblo que no nos faltó nada. Por qué, porque mi papá era un hombre muy inteligente, si él hubiera estudiado, el sabía davenen pero no sabía... yo no sé cómo se defendía, pero después me tenía a mí al lado para sacar las cuentas, para anotar cosas. Por eso él quería que yo estudiara.

M: ¡Ah!

G: Y yo aproveché todo esto.

M: Quería preguntarte si ya en Polonia, ¿habías aprendido algo del marxismo o de las ideas avanzadas?

G: Sí, sí, sí. Porque había en Polonia la juventud, ¿qué podían aprender, qué trabajo?, nada más sastre y modistas y se agruparon en gremios. Y ya había aire de cosas de Marx, pero había mucho cuidado. Y yo tenía un hermanastro, porque yo tenía una madrastra que tenía un hijo del primer matrimonio. Pero ese hijo no podía pisar mi casa porque mi papá hizo como un contrato con ella: que nunca este muchacho entre a mi casa, porque yo tengo seis chicos y él no puede... . Por qué, porque él era comunista. Y estaba... muchas veces [se] los llevaron la policiía, después ella fue

y lo sacó por plata, y qué sé yo. Entonces este muchacho no podía entrar a mi casa. Era como si fuera que tiene una peste. ¿Vos sabés lo que es eso? Es increíble. Pero ¿qué pasó? Yo de noche les llevaba una jarra con el té cuando lo metió preso la policía, porque les hablaba a los campesinos, qué sé yo, puso un cajón arriba al otro, uno arriba al... y él era alto, y le hablaba a los campesinos. Vino el milico, se lo llevó a la comisaría. Y ahí los torturaron en todo. Y yo fui de noche, él me abrió un pedacito de ventana y le entré el té: ¡una piba que era, siempre era petiza!, con las botas hasta acá en barro y le entregaba el té. Y me dijo: "Decíle a los chicos", yo ya sabía quienes son, "decíle a los muchachos que no tengan miedo; que yo aguanté y no dije nada de nadie". Porque los torturaron para que den nombres y todo. No creas, esos viejos, no solamente de acá. Entonces yo ya estaba en eso. Y la lectura... no da ni la universidad, ni nada da, lo que da la lectura, lo que da... . ¡Grandes hombres teníamos! ¡Grandes! ¡Grandes! Yo tengo libros en yiddish, de los escritores yiddishe. Bueno, ¿quieres que te cuente lo que viene acá?

M: Sí, por favor, por favor.

G: Bueno. Todo eso ya es historia pasada. Cuando me caso con mi marido, yo tenía un hermano acá, el mayor de todos, no lo conocí yo porque él se fue muy, muy... nosotros éramos todos chicos, él era el mayor, pero... .

M: Ah, una pregunta primero: ¿Cuándo te casaste? O ¿cuántos años tenías cuando te casaste?

G: Más o menos, veinte años, veintiún años.

M: Y ¿un casamiento civil o...?

G: ¡No! [carcajadas]

M: Religioso también. Religioso. Tenía que ser religioso.

G: Había que ir la novia... tenía que ir a la mikvah. Sabés lo que es mikvah? [risas]

M: ¡Sí! Sí, sí. ¿Fuiste?

G: Yo no fui. Todo el pueblo sabía que ya no... .
[carcajadas]

M: No fuiste, ¿qué rebelde!

G: Porque las mujeres embarazadas les gustaba ir cuando iba la novia a meterse en esa mugre ahí, antes de casarse, vos tenías que ver esa mikvah, cómo estaba, era como un sótano con agua sucia de no sé cuánto tiempo. Y ahí había que sumergirse. Y había una mujer que rezaba. Ella me bendecía y me daba permiso casarme. Y yo, eso ya no lo hice. Y cuando vengo acá, tenía ollas, caserolas, qué sé yo. Se lo quería dar a una vecina y no me lo quiso recibir, dijo que yo era treif, ¿sabes lo que es treif?

M: Sí, sí.

G: ¡Treif!

Final del lado A del cassette 1

Principio del lado B del cassette 1

G: Pero con eso yo justifiqué porqué estoy en un gremio, si yo

no necesito... y en el pueblo chico se sabe todo de todo, pero como yo quería estar ahí... . Un día cayeron y se llevaron a mucha gente presa, porque decían que se dicta clase de marxismo. Entonces me pusieron a mí de testigo, que yo no, si soy de clase más arriba y todo; sin embargo, pertenezco a este gremio, porque son puras cosas gremiales [las] que se hablan, y que yo puedo decir si alguna vez escuché hablar de marxismo. Y mi palabra valía. Tuvimos que ir a otro pueblo más grande, porque en mi pueblo no había un juez, ni había nada. Y yo me defendí muy bien. Y los muchachos que estaban presos me hicieron señas, que estaba bien, porque allá se torturaba peor que acá. Así que, por eso yo estaba así.

M: Ya estabas así. ¿Y tu marido, también?

G: No. No. Mi marido más bien no era de la derecha, era un tipo ateo, ya. Nosotros salimos de Polonia, ya ateos, y todo eso. Pero tradicionalista, no le vayas a tocar a Israel: estaba Ben Gurion, estaba la Golda Meir, estaba toda la derecha. Los kibbutzim se venían abajo, porque el gobierno no los quiso, todo por la influencia de Norte América, de los ingleses, y qué sé yo, pero mi marido rechazó todo. Basta que hay un país que se llama Israel, y que es de Israel. Él no quería, sabía todo, porque sabía más que yo, yo aprendí mucho de él, pero para él, no había crítica para el gobierno; que esté como esté, basta que exista un país que se llama Israel. Él fue a Israel, y volvió enfermo y no se sanó más: le dolió mucho sus hermanos

que se salvaron de la guerra: claro, eran todos más chicos.

Él era el mayor. Volvió medio enfermo de allá. La poca..., ¿cómo te diré? No dan la importancia que el hermano mayor que, qué sé yo, dan importancia la plata. Y mi marido plata no llevaba. Tenía para estar un mes, o quince días, o lo que sea, pero no lo trataron bien. Y vino muy sentido, muy enfermo. Así que... .

M: Bueno. Entonces, cuéntame, por favor de tu llegada a la Argentina.

G: ¡Ah! [risa ahogada] Mi llegada era... como yo ya estaba adelantada en la política, ya sabía lo que se viene: la segunda guerra, Polonia, todo. Los polacos eran tremendamente hitleristas, y qué sé yo. Yo ya no tenía ni papá, ni mamá: tenía hermanas y hermanos, sí: tías, tíos. Entonces al llegar acá, yo tenía un hermano acá, el mayor de nosotros todos. Pero él no me conoció a mí, porque me dejó chiquita. Y en Polonia no te preguntaron: 'tu hermano qué hace en América'. Decían: "América"... . Yo dije, no sé, hace como veinte años que está en Argentina. ¡Ah!, [estimaban] por el año, según los años que estaba: tanto oro, tantos dólares, tantas cosas tenía. Entonces, todo el mundo... . Una vez me mandó cinco dólares, que fueron devueltos, porque no puso bien el apellido o el nombre. Bueno, cuando llegué acá con mi marido, él cuidaba una bodega... -¿sabés lo que es una bodega?- ... en Mendoza. Allá [hay] puras bodegas, en Mendoza. Tendrías que ir, ¿conocés?

M: Sí, ya conozco.

G: ¿Brillan todavía las veredas? Yo hace más de veinte años que no estoy. Y cuando llegamos nosotros, no teníamos... él no tenía casa, no tenía nada; tenía en las viñas una... donde vivía el administrador, él tenía una pieza. Y él juntaba a todos los que trabajaban en la viña, porque el dueño era judío, y le tenía mucha confianza a mi hermano. Mi hermano no hacía nada más que andar entre la gente. Bueno, ¿qué quieres que te diga? Fuimos a una casa en Mendoza yo y mi marido, como acá la AMIA, allá, una casa de inmigrantes. Porque en estos años, un año o dos, antes de la guerra, había mucha emigración de toda Europa, pero más que nada, me parece a mí que, de Polonia, ¿viste? Se escaparon como podían. El que tenía para un pasaje, se fue. La cuestión: que tuvimos que ir a vivir a esta casa. Había paisanos del pueblo de mi marido; de mi pueblo no había nadie. Conocieron a sus padres, a sus abuelos, a qué sé yo. Y nadie nos quería alquilar una pieza, ¿sabes por qué?, porque decían que mi marido, es de una familia de no trabajadores, de esos de arriba, y de dónde, él no... qué va a hacer en Mendoza. Había que trabajar para hacer asfalto, otro trabajo no había, porque las calles todavía no estaban asfaltadas. Pero te estoy hablando de sesenta años atrás. Y entonces decían, este qué... estaba estudiando, qué sé yo, qué va a trabajar en el asfalto, de dónde va a sacar para pagar alquiler. Fuimos a una casa de estas, de inmigrantes, no en un tamaño como la AMIA, pero bastante gente. La

cuestión [fue] que mi marido encontró a una señora, que era encargada como de un conventillo, ¿sabés lo que es un conventillo?

M: Sí.

G: Pero de todos paisanos. Y mi marido le decía de dónde son sus abuelos; una abuela todavía vivía. Nos alquiló una pieza. Ella decía que conoció a la abuela de mi marido, que podría poner rublos, en tomashe, se llamaba tomashe el pueblo, de la abuela. Y que llegaban los rublos hasta Moscú, por la tierra, así, sembrando. Si ella quería, tenía tantos rublos, que podía *ensheshé* [?]. Cosas..., ¿viste? La cuestión [fue] que ella nos alquiló una pieza. Mi hermano nos dio treinta pesos; y nos pidió un peso de vuelta: nos quedaron veintinueve, porque él tenía que volver adonde trabajaba: era sesenta kilómetros de Mendoza. ¿Qué quieres que te diga? Vinieron los paisanos y decían: "¡Eh!, gringo, vení, yo te voy a enseñar cómo vas a ganarte la vida". -"¿Cómo?" -"Vas a comprar por esos veintinueve pesos un pantalón, una camisa, un par de medias; todo eso te lo vas a colgar ahí, en el hombro; y vas a tocar timbre en las puertas, y van a salir las mujeres y te van a comprar. Bueno, mi marido salió, así, pero volvió y lloró, dice: "Yo no hago más esto. Esto es pedir limosna". Igual, para él era pedir limosna. No quería hacer eso. Quería ir a trabajar en el asfalto. Pero yo que estaba ya, un poco así, con la gente, hablando, qué sé yo, me decían: "No, ningún judío, ningún yiddishe, hace ese trabajo, es muy pesado,

muy, qué sé yo". Volvió mi marido, dije: "No. Vos no vas a ir a trabajar al asfalto. Vos vas a irte... tenés un amigo, él te va a enseñar, te va a llevar". Y así fue. [risas] ¿Me entiendes? Y empezó. Pero empezó a dar... [fiado], sin plata. Salía una mujer a comprar un par de medias, le dio la mitad del... [costo]: "¿Vas a venir mañana?" Mañana vino, ya no vivía ahí, ¿viste? ¡Uy!, era tremendo, no como ahora. Antes, vos salías a la calle y en todas las ventanas decía: "Se alquila una pieza", o "Se alquila esto..." Así que, era tremendo eso. Pero se fue a trabajar afuera, a las viñas, con la gente de las viñas, son más gente de... . Todo el año, el dueño de las viñas, no les pagaba, les daba cualquier cosa para comer, pero si necesitaba un pantalón, tenía que esperar cuando venga la cosecha. El hombre trabajaba todo el año, cuando llegó la cosecha, cuando era un buen año para la uva de allá, si llueve se echa a perder, pero no llueve. Entonces el dueño sacó la uva. Tenía, qué sé yo cuántas toneladas, cien; al obrero le correspondía treinta toneladas y a él, setenta. Pero qué pasó: cuando iban a hacer el vino... y la uva, el dueño decía que no necesita este año, uva, para el... . ¡Era tremendo!

Entonces si le tenían que pagar por treinta, le pagaron por quince: una miseria brutal. Y así empezamos y empezamos...

M: Fue muy difícil. Entonces, ¿cómo vivían ustedes en esa miseria?

G: Bueno. Mi marido ganaba cuarenta centavos, cuando andaba tocando timbre, acá, en la ciudad: una media, una cosita...

. Pero lo llamó un día un hombre de un negocio y le decía:
"Mirá, si vos vas a vender una aguja, vas a ganar por una aguja; pero si vas a vender un pantalón, vas a ganar por un pantalón". Le enseñó como tenía que hacerlo. Pero nosotros teníamos fama de gente que no... vivíamos... los de arriba, que no engañamos, porque se usaba que venía la gente, te agarraron en un negocio un paquete, y se fue y no volvió más. Entonces el hombre le enseñó a mi marido, y le decía muchas cosas para vender. Y así vivíamos, así trabajamos, luchando.

M: Y ¿vos trabajas...? No trabajaste. Vos estabas en la pieza.

G: No. No. Yo en la casa. Cuando mi marido vendía cosas en la ciudad y no venían a pagar, yo podía agarrar el ómnibus e ir con la tarjeta a ver si me pagaban; pero muy poca cosa. Bueno. Y así empezamos.

M: Y ¿cómo aprendían el castellano?

G: ¡Ah, eso! [risa ahogada] Mi marido nunca aprendió a hablar bien; yo sí, de la lectura, porque yo empecé enseguida, apenas sabía algo... . Yo iba con mujeres, en Mendoza había una organización que se llama UMA. Hasta hoy hay UMA, que es del [Partido Comunista] Yo iba, no entendía una palabra... .

M: Quiere decir: la Unión de Mujeres Argentinas, ¿no?

G: Sí, sí. Y me explicaron, qué sé yo, y yo, enseguida me puse a leer.

M: Ahora, las mujeres que estaban en la UMA, ¿eran más bien

mujeres argentinas o también había mujeres judías?

G: Sí, sí. No. Muy poco. Había, mujeres judías, de izquierda, estaban aparte con UMA. Pero las reuniones, las lecturas... yo que sabía leer y hablar, iba ahí, a las judías. Pero cuando había una reunión amplia, íbamos juntos con UMA; no todos, pero yo sí. Al llegar a Buenos Aires...

M: ¿Cómo es que ustedes fueron a Buenos Aires?

G: Ah, a Buenos Aires, creíamos que mi hermano nos va a esperar en Buenos Aires, cuando bajamos del barco. [risas]

M: Ah, ¿eso fue antes de llegar a Mendoza?

G: Sí. ¡Claro! Pero, qué hermano, ni ocho cuartos, fuimos a AMIA, cuando uno no sabe... . Pero yo tenía miedo cruzar la calle.

M: En Buenos Aires.

G: En Buenos Aires, los primeros días. Si enfrente había unos muchachos jugando, así, de diez años, doce años, no grandes, yo dije: "Yo no cruzo", le dije a mi marido, "Cruzá vos. ¿No ves?, mirá, mirá cuántos muchachos hay". Porque en Polonia, cuando yo cruzaba, y había en otro lado muchachos, me tiraron el cascote... . [ininteligible]

M: Por ser judía.

G: ¿Eh?

M: Por ser judía.

G: Sí. Sí. Entonces él me dijo: "No, no seas tonta. Acá podés cruzar, podés pasar donde están los muchachos, acá no te hacen nada". Pero yo tenía miedo, por dos cosas tenía

miedo: tenía miedo cruzar por los autos, que no he visto nunca tantos autos y más por los muchachos. Yo me acuerdo en mi pueblo, la mamá de nosotros, decía: "Mañana no van a ir a ningún lado, [nada de] que, vamos a estar en la puerta, porque va a pasar un *shamojot*". ¿Sabes lo que quiere decir *shamojot*?, un auto; *sham* quiere decir solo, *jot*, que... *joyer*, que va: "Que va a pasar un *shamojot*". La mamá nos agarró de la mano, se puso el delantal contra los malos espíritus, porque va a pasar una cosa que no va con caballos, que va solo. No nos dijo que va un chofer, ella tampoco, a lo mejor, sabía. Yo me acuerdo de eso, que yo estaba con ella agarrada, y ella me tenía para que yo no me suelte, porque va a pasar un *shamojot*: y pasó un 'Ford' negro. [risas] Igual donde vivíamos. Vivíamos en tribus, en tribus. Vivíamos tan... que yo no te puedo explicar de dónde... de los pueblos chicos, por supuesto, sin hablar de Lublin, de Lodz, de Varsovia, de Samos, ya así, pero de los pueblos alrededor, en todo Polonia, todos vivíamos así.

M: Entonces, cuando llegaste acá eso te chocó.

G: Claro. Yo traje sin miedo, acá. Pero a mi marido, como ya sabía, no sabía hablar mejor que yo, ni nada, porque yo enseguida aprendí más por la lectura; y él no, hasta antes de morirse leía diario yiddish, acá, en Mendoza. Bueno, aquí te quiero decir, mi llegada acá, con cuarenta centavos por día comimos, y yo no tenía miedo. Yo pasé lo más campante de donde estaba hasta hace poco, todavía en Mendoza, ahora, ya [hace] muchos años. Pero cuando pasó

veinte años o treinta, todavía yo me sentía feliz cuando pasé y nadie dijo nada, porque allá por el vestuario te conocen. Los polacos visten diferente, las mujeres... .

M: Y en Mendoza, ¿vos no sentiste ningún tipo de prejuicio?

G: No. No, no, no. Al contrario, al contrario. Ayudaba la gente, nos ayudaron para decirnos, esto sí, y esto no: 'andá para allá que es más barato'. Hasta que uno iba aprendiendo. Entonces yo, acá, estaba feliz, con toda la pobreza. Esta viejita que conoció la abuela, me prestó una mesa con tres patas y media, la cuarta pata tenía todo ladrillo, pero a mí eso no me importaba, ¿entendés? Porque yo me sentía libre, estaba feliz, y con mi marido también. Había problemas económicos, pero yo no era una mujer lujosa, yo no le exigía a mi marido que se mate trabajando, que yo hago, porque había muchas cosas feas de los judíos, de los emigrantes: según quien viene. Había acá, en Mendoza, muchas estafas y todo [de] los judíos inmigrantes. Porque había también una cosa, que no todo el mundo podía emigrar de Europa a acá, para salvarse de la guerra. Así que, había de todo, de bajos fondos, había una casa acá, de prostíbulos yiddishe.

M: ¿En Mendoza?

G: No.

M: ¿En Buenos Aires? En Buenos Aires, sí.

G: Y cuando yo iba ahí, con mi hermanito, yo iba a venir con mi hermanito, mi familia: tías, tíos; papá y mamá, ya no tenía. Dicen, cómo va una señorita a Buenos Aires, no le enseñaron

en un teatro como venden allá a las mujeres; se llamaba Migdal. Y están enterrados en el cementerio yiddishe, acá, pero no junto con [ininteligible], están apartados. ¿Viste?

Y acá en Mendoza, lo que sí encontramos, diferencias entre los judíos: vivía yo tres años con una familia de Rumania, judíos; yo buscaba siempre donde íbamos [familias judías].

[por] Más de veinte años, no teníamos casa propia, alquilamos; ya teníamos dos hijos y todavía no había, hasta cuando llegó Perón, Perón prestaba plata, y nosotros hicimos una casa por el banco, pagamos...

M: ¿En Mendoza?

N: En Mendoza, una casa muy grande, y qué sé yo. Entonces, te quiero decir que yo me sentía bien, después [no], cuando pasó eso con el Graff See, de acá, de los alemanes. En Mendoza quedaron muchísimos. Acá Perón... . Perón era Perón, pero era Hitler [?].

M: Vamos a llegar a eso. Quería preguntarte unas cosas más de Mendoza, cuando ustedes..., me acabas de decir que, siempre buscabas casa, antes de comprar una casa, o antes de hacer una casa, ¿siempre viviste en casas de gente judía?

G: No, no. Al principio, no más. Los primeros, qué sé yo, tres, cuatro años, después me gustaba vivir con gente de acá, y siempre buscaba vivir con el dueño. Bueno, le sobraba dos piezas, antes no se decía departamento: una pieza, dos. Y era gente, más o menos que yo conocía. Pero ya no buscamos, porque no nos gustaba. Además, en Mendoza, como todo en todo el mundo, había de todo, malos judíos, de

la derecha, y como yo, desde un principio, ya sabían que yo no voy al shil, que yo no rezo, que esto... pues ya no me miraron bien. Y había diferencia de donde eran, por ejemplo, vivía tres años con gente de Besarabies, judíos, estos judíos de allá, son analfabetas, son de lo más brutos, lo que se pueda decir de un judío. Dicen que los judíos todos son sabios, mentiras. En Rumania, no sabían ni leer, ni escribir; los chicos sí, iban a la escuela de acá, y no nos querían a nosotros: "los Polisher". Mi marido era "el Polisher", "el Polisher"; yo, "la Polisher", no me llamaba Clara, me llamaba "la Polisher", en la casa de esta familia, porque para ellos esto no, no... no digo porqué, porque Migdal tenía acá, un prostíbulo, tenía yo la culpa. Así, una ignorancia brutal, pero no lo pasamos mal, podíamos dar estudio a los dos chicos. Mis chicos no trabajaron hasta que no se recibieron, pero... .

M: Ellos estudiaron en escuelas estatales.

G: Sí, sí, sí. Siempre, siempre.

M: Y vos, ¿trabajaste en la casa como costurera?

G: ¡No!, que costurera, si yo nunca aprendí, no me hacía falta, yo lo hice para despistar, porque yo estoy ahí, ¿viste?

M: Así que, te dedicaste a las cosas del hogar.

G: Del hogar y de política.

M: Y de política. Cuéntame por favor de tus actividades políticas en Mendoza.

G: Mi actividad, primeramente... mis hijos se criaron en un ambiente de izquierda, por qué, quién es la dueña de la

casa, el marido se va por la mañana, vuelve en la noche, pero yo hago los deberes con los chicos, les enseño cosas de la vida, en el acto. Nosotros hacíamos solos la casa, nos prestaron cuotas y teníamos obreros. Yo, a mis hijos les enseñé la vida del obrero de al lado, porque estaba enfermo un muchacho, y dormía en eso, donde guardan el material. Y por la mañana, yo lo podía buscar para que se venga a tomar un té, porque estaba enfermo del estómago. Entonces yo, a mi hijo más chico, -al grande no le hacía falta, pero al más chico le hacía falta un empujón-, y yo le dije: "Ves la vida del obrero, mira, está enfermo, no tiene donde estar durmiendo; en cambio, si vos vas a estudiar, vas a llegar a ser alguien, el estudio es lo primordial de la persona". Esa conversación, mi hijo grande, no la necesitaba, porque él decía, que estudia no para sacarse el diez, para saber. Porque sin diez, él no iba a la escuela. Por la mañana yo le tomaba la lección, y si yo le dije: "Mirá, un ocho..." "¡No!, ocho no". Se sentó: "Vení, mamá, sentate", y le leí. Pasó dos veces la lectura y dijo otra vez las cosas. Y digo, ¡qué valiente!, en cambio, el otro chico, no. Pero al otro, yo le tenía que enseñar con la vida, con lo que yo veía, con la justicia que yo veía. Y ahí penetró todo eso, pero yo no pensé que iba a ser para la muerte.

M: Ahora, los chicos también estudiaron en escuelas yiddish, o no?

G: Sí.

M: Sí. También.

- G: Sí. Los dos, pero el otro, el grande, se recibió, sabía leer y escribir; éste de yiddish, no le hizo mucho caso, pero iba, iba. El grande cantaba muy bien, como el padre, iba a la escuela yiddish para Pesaj, preguntaba lo [cuatro preguntas], ¿sabes lo que es la Hebrew? [cuatro preguntas]. Por la radio cantando él, todo él. Él se destacaba mucho en todo, sí. Y cuando se va de Mendoza a Rosario, mi hijo, cuando tenía Mendoza, quería ir a Israel. Y yo no quería que vaya. Yo estaba en contra el gobierno de Israel como en contra de cualquier gobierno. Pero mi marido, no. A mi marido no le importaba que va a haber guerra allá. Y había guerra antes de ir. Entonces, qué dijo mi hijo: "Mamá, ¿vos me querés tener atado a tus faldas? Yo voy a ir a estudiar algo que no hay en Mendoza. ¿Estás de acuerdo?" - "Sí". Se fue a Rosario. Estudió psicología. Se recibió. Y ya en la facultad de Rosario, ya acaba todo, todo... la izquierda; pero allí entró.
- M: Bueno, hablaremos de eso después. Unas preguntas más sobre la vida en Mendoza: me ibas a contar de tus actividades políticas.
- G: Sí. Leía. Lo primero que uno hace es leer si había reuniones: y ahí estaba yo. Si venía alguien de otra ciudad a hacer algún trabajo, estaba en mi casa, porque yo tenía casa grande. Los dos hijos se fueron a estudiar. Entonces ¿qué? ¿Viste? Mi casa estaba abierta para los compañeros de todo el país, porque me tiraron una bomba y me la destruyeron.

M: ¿En Mendoza?

G: ¡No! Esta casa, que nos costó cuarenta años de trabajo, todo, todo, todo.

M: ¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo fue?

G: Yo... así... . Yo tengo anotado, porque yo perdí toda la memoria. Yo, de los años de la lucha de los hijos, cuando caen presos y salen, y todo, de esta época, yo no me acuerdo nada. Esa Frida, que yo te voy a dar el teléfono, ella trabajó con mi hijo y conmigo, y con lo que yo hice en Rosario con la policía, con todo, pero yo de ella no me acordé nada. Yo le miré la cara y todo, y yo espero que vos hables con ella, es yiddishe.

M: Sí. Sí. Sí, sí, sí.

G: Y me encontró ahora, porque salió en el diario, sale la fecha de cuando cae el hijo: uno y el otro. Ve a mi nieto el diario; y entonces, cuando ella leyó que, Clara... Diana, - Diana es la nuera, la mamá del nieto-, y Guillermo..., - hablan sobre el día que cayó el papá de él, y todo-. Entonces, ella dice, Clara vive, y yo, la tengo que encontrar. Y ahora, mirá cuántos años hace, ya hace veintidós, veintitrés años. Y ahora, la semana pasada, me encontró, ella me encontró otra chica que es cordobesa, que estuve con ella en París. Y me encontró ella, aquí. Dice: "Yo soy hermana de Angel. Yo trabajé junto con Angel, y yo voy a luchar, voy a hacer todo [lo] posible para que venga una chica o una mujer... ."

Final del cassette 1

Principio del lado A del cassette 2

M: Te quería preguntar, tu marido, ¿siguió vendiendo o, cómo fue?

G: Sí, sí, sí. No, después ya teníamos negocio. Cuando hicimos la casa, crédito, lo teníamos por todos lados. Nos venían de Buenos Aires, los fabricantes. Si compramos, por ejemplo, por diez mil, nos mandaron veinte mil, porque sabían que es plata. Entonces como la casa era grande, se estaba haciendo, justamente, para un negocio. Entonces, cuando pudimos, abrimos.

M: ¿Qué tipo de negocio era?

G: Ropa hecha, de hombre [y] de mujer, lo que necesitaba el campesino, porque después dimos crédito en un barrio ferroviario, a todos los que trabajan en el ferrocarril, les dimos crédito, porque pagaron bien. Estalló una huelga que duró tres meses, la hizo perder un cura, ya se murió, por suerte. Hizo perder esa huelga. Y nosotros perdimos... cerramos el negocio. Mandamos de vuelta la mercadería, porque no podíamos levantar los documentos. ¡Muchos judíos! [muchos] de nuestros queridos judíos, cerraron, y se guardaron la mercadería. Cuando se terminó todo, tenían otra vez negocio; nosotros ya no teníamos nada. Ya alquilamos... como [en] la casa grande hemos hecho como un departamento, lo aislamos e hicimos una cocina, un baño, y

alquilamos dos piezas. Ya vivíamos de este alquiler. Y la mercadería fue devuelta a todo el mundo. A nadie le quedamos debiendo un peso. Y había gente bastante buena, no eran ladrones, no eran... pero la mercadería, no la mandaron de vuelta, no pagaron los pagaré, no levantaron los documentos; y nosotros, no. Y eso, en la Argentina, no servía, no sirve en ningún lado. El comercio, el negocio, eso sí. Y nosotros, no lo hicimos. Eso es lo que puede. Y después... .

M: ¿Vos ayudaste a tu marido en el negocio?

G: Sí, sí, sí.

M: ¿Qué hiciste?

G: Porque tenía negocio abierto, yo estaba en el negocio en Mendoza. Él se levantaba por la mañana y se fue.

M: ¿A vender, o...? ¿Se fue a vender?

G: No. Se fue allá, a donde están las viñas. Allá donde vivían los viñateros. Sí, no iba ya a tocar timbres en las casas. Él ya tenía su clientela y sabía quién tenía anotado tal cosa, tal cosa, necesita tal cosa; y así. Y yo en la ciudad... -mi casa no pagaba alquiler-, no vendía mucho, porque no era pleno centro, pero habían cosas, que la gente era pobre, y que no podía pagar, y qué sé yo. Se luchaba. Luchaban.

M: Quiere decir que, diste crédito a ellos.

G: Sí. No, yo, no tanto. Yo, no tanto; pero él, sí. Todo el crédito. Tenía que quedar de un año a otro, de una cosa hecha, a la otra. No te imaginas lo que era esto, pero nos

defendíamos bien, nuestros hijos no trabajaron, el más chico, sí. Antes de recibirse de contador ya llevaba los libros en una empresa muy grande, acá. No tenía ni los veinte años, todavía. Y tenía cheques para pagar en donde había que ir. Era la segunda mano del dueño, un italiano que vino de la guerra, acá, con mucha plata y hizo contratos con el gobierno para hacer los... ¿cómo se llama?, asfaltos, por las rutas, ¿no? Y mi hijo trabajaba en esta compañía. Cuando cae preso mi hijo, el dueño, para fin de año... - estaba poco tiempo preso mi hijo, salió enseguida- ... le mandó a la cárcel, 50,000 pesos. Sabes, era una cantidad dura [?], el dueño. Y el día que sale en libertad, ese mismo día... . Estaba unos meses y sale. Y habla por teléfono a la oficina, que lo esperen a tomar... a festejar.

Entonces yo pongo pollos al horno. Iba a venir él con unos amigos, qué sé yo, y le digo: "¿Te vas a bañar?" Él, por ejemplo, vino en la madrugada. Yo, con un abogado, lo esperamos afuera hasta que salió. Dice: "No, no, mamá, vos tenés todo listo, yo voy a la oficina y vuelvo, me baño y como y descanso". Se fue a la oficina. Cuando tocaba, para subir, de atrás lo agarraron, se lo llevaron de vuelta a la cárcel. Pero a mí no me dijeron. Se lo llevaron a la cárcel: no saben adonde está. ¿Sabes lo que yo tenía que luchar todas las semanas? No me dijeron que está, otra vez, en la cárcel. Desapareció. Pero no... desapareció.

M: Vamos a llegar a eso. Quiero hacerlo cronológicamente para poder entender mejor.

- G: Sí, sí, sí.
- M: Entonces, quería preguntarte, todavía de Mendoza, vos, como estabas en el hogar, ¿vos preparaste todavía la comida judía, digamos, de Polonia, o aprendiste a hacer las comidas argentinas...?
- G: Aprendí a hacer toda clase de comida de acá y hacía gefillte fish y cosas de la casa, de Europa, pero la mayoría de los chicos y yo, y mi marido, comíamos la comida de acá, y los tallarines, y las empanadas y todo, todo.
- M: ¿Cómo aprendiste?
- G: Aprendí porque vivía con gente. Aprendí no solamente a hacer comida de acá, esta gente que te digo de los Besarabisches saben hacer comida del mundo, pero para firmar meten el dedo en la tinta y sin manos, judíos analfabetas, total. Y nos odiaron a nosotros; a nosotros los polisher...
- M: Sí.
- G: ...A los que sean de Polonia, por qué, porque Migdal era de Varsovia. [risas]
- M: Sí. Terrible.
- G: Todo lo que uno les explicaba, que en Varsovia había muchísimos judíos, muchísimas cosas, y eran una parte de Polonia, y había ladrones y había... . Pero ellos no hacen nada. Y dije, no, no. Había por política, sí, pero no... .
- M: Quería preguntar también sobre Mendoza, cuando Perón estaba en el poder, había muchas actividades, digamos, en contra de Perón o, ustedes... .
- G: Entonces había que cuidarse mucho.

M: ¿Fueron años difíciles?

G: Perón podía haber hecho una revolución con el pueblo, no como querían hacer mis hijos y otros más. Sin un pueblo no se hace la revolución. Y cuando Perón, sí. Perón si hubiera querido, hace la revolución con el pueblo, porque toda la clase obrera, todo el pobrerío, lo conquistó él y ella [Evita].

M: Sí.

G: Era una política de él. Tanto así, que Norte América se asustó, no mandó medicamentos cuando viene Perón, porque pensó que él es de izquierda. Y todo eso era engaño. Cuando sale la penicilina, en Mendoza estaba enfermo un muchacho y necesitaba... cuando le recetaron una inyección de penicilina, ya era pa' la muerte, o se moría... . Y en Montevideo, en Uruguay, había, y en la Argentina no, porque Norte América no quiso mandar acá. Vos no sabés lo que es Norte América... .

M: Sí, yo sé.

G: Me imagino que sabes. [risas]

M: Ahora, durante los años del peronismo, ¿había mucha persecución en Mendoza?

G: Sí, sí, en todos lados. Si él mató a su propio cuñado, a un hermano de ella. Robaron los dos. Se están vendiendo ahora, en Norte América vestidos de ella, de lujo, de ella, y qué sé yo. Y hay un tesoro en un banco, de él y de ella.

M: Pero, ¿ustedes tuvieron que activarse clandestinamente, durante esos años, o...?

G: Se necesitaba tener mucho cuidado, ¡mucho cuidado! Sí, sí, sí. Había que ser peronista. [cuando] Se murió Evita todos los del gobierno usaron corbatas negras, cosas negras; las mujeres... era un fanatismo brutal. Por qué, porque llegó en un momento que no había nada para el obrero. Cómo... parecido sino que ahora, se lo aguanta el pueblo.

M: En ese momento, durante el peronismo, ustedes del Partido Comunista, ¿cómo lo veían, a Perón?

G: [risita] Nosotros sabíamos que él era agregado militar, de mando, todo, todo, todo. La gente que se interesaba, que mirara un poco más de la nariz, sabía, pero la inmensa mayoría, no; nada. Porque hizo cosas. Donde yo te digo, donde trabajaba mi marido con los viñateros, ¿vos sabés que no le dieron casa a los niños? y dormían adonde vivían los caballos, porque en aquel entonces, todo el trabajo de la tierra era el hombre y el caballo. Y los hombres con sus mujeres, con sus chicos, cómo nacieron y cómo murieron, y todo, sin techo. Llegó Perón y los obligó a los terratenientes que hagan casa. Yo he visto bañeras en las casas de los... porque de vacaciones de verano, yo con mis hijos, cuando eran chicos, iba al campo. La bañera estaba ocupada con ajo y cebolla, para guardar, no sabían bañarse en la bañera: en el río ahí, qué sé yo. Había muchas cosas que Perón lo hizo. Pero de afuera, ¡ja!, sus paisanos, ¡ji, ji, ji!, se creían que iba a ser un marxismo, y no. Y él perseguía a los marxistas, pero no.

M: Sí. Ahora, ¿ustedes iban a clubes? ¿Había clubes en

Mendoza?

G: Sí, sí, de todo.

M: Sí. ¿Ustedes iban, o qué hacían para divertirse?

G: Sí, teníamos muchas amistades. Acá no tengo a nadie. Acá, cuando yo no estaba tan mal de la vista, yo iba todos los jueves [a la Plaza de Mayo, con las madres]. Me gustaría que vayas el jueves a conocer el... .

M: Entonces, ¿cómo es que ustedes fueron de Mendoza a Rosario?
¿Ustedes fueron a Rosario?

G: Porque allá... no, fui yo, mi marido, no.

M: El se quedó en Mendoza.

G: Sí, porque cuando cae mi hijo grande, el mayor, ya tenía... había mucha infiltración, él era profesor de psicología, la psicología estaba condenada a muerte acá, porque decían que todos los psicólogos son subversivos. Entonces un día matan en Rosario al sanguinario más grande que Hitler. Lo mataron. Lo mató ese Partido Marxista, que se llamaba ERP, ese era verdadero, lo que pasa es que se equivocaron. Si no, había una... cómo te diría, una experiencia marxista, querían el marxismo, trabajaron para el marxismo, pero no le dieron tiempo. Este Santucho, ese día, ahora que se festeja el Santucho, en ese mismo día, cae, mi hijo más chico, quiere ir con el Santucho. Y lo nombraron, tengo un papel que lo nombra nada más a mi hijo, porque yo sé que ese día todo... cayó.

M: ¿Vos sabías que tu hijo militaba?

G: Sí. Yo sabía todo lo que hacía. Y yo le justificaba a uno

y al otro, porque después... . Pero trabajaron también. Los llevaron presos y no tenían nada; no había nada para agarrarlos. El juez les tenía que dar la libertad. Entonces, ¿qué pasa? El gobierno, el Ministro del Interior, dice que, para mí, mi hijo no sirve, para mí es un peligro, no lo quiero en el país. Entonces había una ley que se llamaba... a ver si no me acuerdo ahora... Opción. Pocos días... optar, para salir de acá. Acá no te queremos más. Pero no podía salir a un país limítrofe, porque podés volver. Entonces demandaron que tenías que salir más lejos. Los míos fueron a Perú. En Perú... .

M: ¿Eso fue durante los años setenta, ya?

G: [ininteligible] cuando esto, ya fueron sesenta y uno, sesenta y dos.

M: Ah, sesenta y uno. ¿O setenta y uno?

G: No, no, no. En el setenta y uno. Y la cuestión que, el mismo partido que [risa ahogada] se hizo acá, los pasaron para allá, porque todos fueron a Perú. Y muchos volvieron.

Y mi hijo, el más grande, me mandó a decir: "Mamá, me dieron un contrato... ." Estaba no sé, dos años, dos años y medio, pero cuando acá vieron un poco mejor las cosas, dice:

"Mamá, me dieron un contrato a firmar, por tres años, pero yo quiero hacer en mi país, lo que hago acá, en Perú." Qué hacía mi hijo, estaba en el Ministerio de Educación. Y yo le mandé a decir que no vuelva porque está el peligro, que ya habían caído muchos. Pero si hubiera sido un dirigente, que sabe lo que es un compañero que sirve para la lucha, lo

cuida. En vez, él, los quemó. Les mandó a decir que vengan. Cuando vino mi hijo ya estaba todo perdido, acá. Y la otra pobre que, muy amiga mía, que te conté que la mató ahora una moto, le manda a decir a su hijo, también a Perú, que no vuelva acá, porque cayó Angel, que lo agarraron. Pero la orden, era una orden militar de este Santucho, que lo odio, porque él mató a mis hijos. Para qué lo hizo venir, si ya estaba todo quemado. Y lo mandó traer, lo trajo.

M: ¿Por qué los mandó? Entonces, ¿por qué los mandó?

G: Pa' la lucha, pero de quién, si ya no había nada.

M: Estaba equivocado.

G: Claro. En pleno fuego. Y mi hijo obedeció, si él no hubiera querido, no viene. Pero estaban todos ya con esto.

Le parecía que le quedaba, la revolución está acá. Yo me iba a la cárcel para visitar a mi hijo. Y hablé y discutí con todos los compañeros. Y les dije, que así no se hace una revolución. Yo quiero ver la cárcel con presos. Porque había todos los presos políticos, hijos de papá y de mamá: [risa] universitarios, uno que otro... ¡obreros, no!, porque no llegó todavía... no llegó a las fábricas. Y me acuerdo como hoy, cuando los veo, me dan ganas matarlos. Y allá en la esquina vi que había uno, que era, no sé, de los mecánicos, no sé qué, y era muy morocho. Y me dice mi hijo:

"Tomá, querés ver a los obreros: Allá. Mirá. Ahí está".

[risas] No. No era una enseñanza de arriba para abajo, para los chicos. Metieron chicos que no sabían nada de

nada, querida. No se les enseñó lo que es una revolución. No sé si habrán... había muchos presos. Y en tanto, de mujeres, ni que hablar. Si todavía no habían leído un libro de Marx. Y cayeron por cualquier cosa. Y después... primero a la cárcel y después, ya, cuando fue el golpe de Estado, cuando estaba ese desgraciado, cuando sube Videla.

M: Entonces, ¿cuándo fuiste a Rosario para buscar a tu hijo o...?

G: Sí. Nosotros, yo y mi marido, estábamos sentados en un sofá de acá, de... y en eso dicen las noticia ¿no? Y dice: "Flash. Flash. Urgente. Secuestraron en Rosario a un profesor oriundo de Mendoza: Angel Gertel". Mi marido se tumbó al suelo, se desmayó. Y yo, esa misma noche viajé a Rosario. Y hay que viajar toda una noche, de Mendoza a Rosario, y no, de ómnibus. Yo llegué a la madrugada derecho a la comisaría. Estaba toda ensangrentada; no sé dónde me lastimé, porque me golpeé en el camino, andaban unos vidrios. Me bajé en el medio del camino. Yo dije, voy a correr por la calle, a ver si pasa un taxi, porque el ómnibus, me parecía que, no va a llegar nunca a Rosario. Entonces, corro, corro, corro, y no viene ningún taxi. Y el ómnibus me alcanzó. Se paró y me hizo subir. A la madrugada llego a la comisaría que era del barrio donde se pensaba que estaba mi hijo. Y voy a la comisaría, y me dicen: "No, acá no está. Bueno, pues no sabemos". -Era la verdad, porque se lo llevaron a otro lado.- Y en eso, entra un hombre alto, con unos lentes así, bien vestido, en la

comisaría, y dice uno de los milicos... . Yo les conté a todos. Me dice: "Señora, este es un torturador. Este ha traído a su hijo, pero su hijo no podía caminar. Lo tiró como se tira una bolsa de papas". Digo: "¿Adónde?" -"Ah, por otra puerta". Cuando me dice esto, yo no pierdo nada [de tiempo], yo voy, lo agarro y le digo: "Usted tiene a mi hijo. Usted, dígame, ¿qué ha hecho con mi hijo?" -"Señora, yo no sé". -"Sí señor. A mí me han dicho que usted tiene a mi hijo. Dígame dónde lo tiene. Mi hijo es un profesor. Mi hijo daba clase en Santa Fe. Mi hijo no es de la política", le dije; y me escuchó el tipo. Cuando así no, no lo quería escuchar, lo dejó y se fue. Entonces le digo: "¿Usted tiene mamá? Yo trabajé toda una vida para mi hijo, [así] que, me tiene que ayudar. Yo y mi marido somos ya de edad. Él trabajaba, se recibió jovencito, a los veintitrés años, ya se casó, porque ya era profesor. Y usted no me va a decir adónde está mi hijo", le digo, "¿Sabe qué?, sáquese los lentes. Yo voy a mirar sus ojos. Y yo le voy a decir si usted me va a dejar ver a mi hijo". Y se sacó los lentes, el desgraciado. Un tipo... . Le digo: "Usted no es argentino. Usted es extranjero, ¿de dónde es? Estos ojos no son..." -Era verdad, era español; de origen español-. Cuando yo le hablé así, me dice: "Bueno. Venga mañana", a las tres, a las cuatro, no me acuerdo: "Venga mañana a la tarde. Yo le voy a enseñar a su hijo". Yo pensé que va a ser mentira. Se imagina que mañana, que noche, que todo, bueno. "Mañana a la tarde yo voy". Me

dice: "Ojo, usted a su hijo lo va a ver por el vidrio. No va a hablar con él". -"Bueno. No quiero hablar con él, pero yo lo quiero ver para... ." Mi hijo ya tenía [ininteligible] en vez de tener la cara, la tenía ahí. Lo torturaron todo lo que podían. Me dice: "Usted no va a poder hablar con él, pero lo va a ver por la puerta". Voy, y me hacen entrar a una sala de alfombra y mesas con sillas tapizadas. Me dicen: "Ahí, en esta puerta, va a venir su hijo. Ahí lo va a ver". Yo no lo vi venir, porque se ve que no andaba todavía bien de la tortura. Entonces lo miro y estaba... bueno, así, así, ¿ves?, qué sé yo. El tipo dice: "Señora, usted no diga nada, pero yo le voy a abrir la puerta y usted le va a dar un abrazo a su hijo". Así, con estas palabras. Usted sabe que cuando nos abrazamos: "Mamá, decíle a toda la gente, que no se vayan, que yo no dije una sola palabra, y ningún apellido. Todos se pueden estar adonde están, que no se tienen que ir". Ese fue el abrazo. Y, bueno, después luché unos cuantos meses. Todo lo que luché en Rosario, hasta que salió. Salió y se [risa irónica] cayó otra vez.

M: ¿Recibiste ayuda de algunos compañeros en Rosario para poder sacarlo?

G: Ayuda económica, no; de abogado, de todo. Yo era una persona que, por ejemplo, había que traer cosas a la cárcel, cuando estaba, se traía para todos. Yo nunca, nunca recibí nada de ayuda económica, porque no me hacía falta. Yo no podía... porque yo llevaba pollos, llevaba comida, había

épocas que le daban comida cruda y ellos se podían cocinar. Después había épocas que no dejaron entrar ni, ni... nada. Había cosas, que cambiaba cada vez que... . Pero yo jamás recibí nada de esto.

M: Pero ayuda moral, ¿alguna cosa...?

G: ¡Ay, sí!, de abogados y consultas y luchas y... . Esta Frida, ésta que yo le doy... me hacía acordar de cosas que yo ya no me acordé. Porque cuando yo iba a Santa Fe, mi hijo estaba preso... los alumnos, los estudiantes cerraron la puerta, así que marchamos por las calles de Santa Fe. En Santa Fe estaban letras, todo así, por las calles, en las paredes, pidiendo la libertad de mi hijo, pero después lo agarraron ya para... para matarlo, ya.

M: ¿Te quedaste en Rosario o volviste a Mendoza?

G: No, yo volví a Mendoza, sí. Pero luchábamos... . Esa Frida, cuando me habló por teléfono, que le dieron acá, me dice: "Clarita, si yo fui con vos allá, ¿no te acordás?, si Angel para mí es como mi hermano, hemos hecho cosas juntos, trabajamos juntos". Le digo: "Bueno, si te veo la cara, a lo mejor, sí, nada". Porque esto acá se desgrabó, porque era la época de locura para mí. Entonces yo perdí la memoria de toda esta época. Si vos me decís, por ejemplo, en qué día muere tu marido en París, yo tengo que ir a mirar, tengo anotado, ¿viste?, porque no me acuerdo de los veinte, que treinta años atrás, no me acuerdo nada, porque perdí la memoria. Se deteriora el ser humano, se deteriora de a pedazos, cae la persona. Tanto la cabeza, como todo el

organismo, ni que hablar, eso yo no le hago caso. Ahora, lo que me tocó, lo peor... .

M: Ahora, quería preguntarte, ¿vos entraste en las Madres antes de irte del país o después de volver o **cuándo** fue?

G: No, cuando yo me fui del país todavía no estaban.

M: Ajá. Entonces regresaste a... .

G: Cuando vuelvo.

H: **???Cuándo** regresaste?

G: De ahí no más, entré a las Madres hasta un día, pero después hubo una separación, se separaron. Está muy feo ahí, no me gustó.

M: Ahora, ¿regresaste a Mendoza y hubo ese incidente con la bomba en tu casa?

G: Mi marido estaba, yo estaba acá. Él estaba en la cama en Mendoza, la tierra permanentemente se mueve allá, entonces él se creía que había un terremoto. Allá es muy común que se mueve esto, se mueve aquello. Pero a él pasó un pedazo de vidrio y lo lastimó tal, que se lo llevaron al hospital, ahí no más lo trajeron de vuelta y... .

Final del lado A del cassette 2

Principio del lado B del cassette 2

G: Ya no, ya no pude más. Si yo vuelvo a Mendoza, a mí me matan los vecinos. Yo tenía un amigo que era... ahora no me acuerdo... .

M: Bueno, después.

G: Bueno. ¡No, no, no!, te quiero decir que, él, yo me quedé en el aeropuerto en Mendoza, y él me trajo a mi marido en auto para tomar el avión. Y los dos tomamos el avión... .

M: Ah, para Francia.

G: Porque él sí era una persona muy amigo con Sijo [?], un hombre grande, y conmigo, y era de la extrema izquierda. Tenía [titubea] una... . [inaudible] Hay una barrera... no, no me puedo acordar, es como si fuera un hermano mío. Él tenía auto y... no.

M: Se fueron.

G: De ahí subí al avión, ya no volví más a Mendoza, porque dejaron muchos vidrios. La bomba era muy, muy fuerte, porque el barrio era todo lujo. Todos los grandes comerciantes se hacían chalet ahí, y yo también, yo no era grande, pero compré un lote que valía 40,000 pesos; se bloqueaba un barrio de lotes. Y cuando llegué a los 20,000, el hombre que nos vendió el lote me dio un recibo que, ya tengo el lote pago [pagado], que ya no debo. Entonces, el banco me empezó a dar plata. Todo era porque estábamos muy bien ubicados. La palabra mía... yo firmaba documentos, cheques en el banco, había dos bancos en Mendoza de judíos, de derecha y de izquierda. [risas] Y un día le digo yo al tipo, que era de la derecha, un sionista viejo, infeliz; le digo... y había... va a haber elecciones para el banco. Le digo: "Bueno, bueno, trabajan, porque el banco después va a ser de nosotros". [risas] Y él dice: "Ia wurde sich la

leim" [?] ¿Sabes qué quiere decir eso?, que usted no va a vivir para eso. -Que yo voy a morir antes-. Y no me morí.

Tenía el banco de la [ininteligible], un banco de izquierda. Y él sabía que mi marido es sionista. Y después lo hizo con un [ininteligible]. Dice: "Yo, a tu mujer le dije que se va a morir antes que tenga un banco de izquierda". Y había un banco de izquierda. Había una lucha de terror. Los judíos son tremendos uno sobre el otro. [risa] Hay que conocerlos.

M: Sí, sí. ¿Entonces ustedes cuando tomaron el vuelo se fueron del país? ¿O vinieron después?

G: ¿Sabes cuándo nosotros nos fuimos? Nosotros teníamos mucho miedo, porque a mí me andaban buscando. La mamá de mi nieto estaba presa. Y un día cae una chica toda torturada, la traen adonde estamos los demás. Cuando ya los traen, después de la tortura... . Ah, no, es porque el primer año, dos, no mataron, después empezó. Entonces, la tortura [era] tremenda. Cuando la traen adonde están los compañeros... .

No comen ellos, no toman leche, le dan al torturado para levantarlo, para que pueda caminar, qué sé yo. Entonces viene una chica toda hecha pedazos, y le dice a mi nuera: "Decíle a tu suegra que no aparezca por acá, porque las buscan. A mí me pegaron, me han hecho de todo preguntando por ella, adónde está ella". ¿Quieres más cosas?

M: Sí.

G: Pero ella aguantó. Y además, ya después, nosotros íbamos juntos a muchas partes, pero después nos separamos, nos

perdimos. Y ella ya no sabía dónde estaba yo. Pero casi la matan preguntando por mí. Entonces, mi nuera me dijo que, no venga más. Pero yo la tenía a ella presa, que estaba embarazada de este chico, y tenía a mi hijo mayor preso. Yo iba dos veces por semana, teníamos visita a la cárcel. Y yo dije, si me quieren agarrar, pero acá, no me van a agarrar.

Pero cuando salimos de la visita las mujeres, todas las familias, me cuidaron, no me dejaron ir a la casa sola; en el ómnibus todos juntos, qué sé yo. Esta nuera, cuando yo llegué a París... .

M: Me gustaría saber cómo fue su exilio en París.

G: La estadía mía en París... mi marido ya estaba muy mal, muy deteriorado. Él perdió a los hijos y perdió... el amor que él tenía por la casa era igual que por los hijos. Porque los hemos hecho... ¿cómo se dice?, con nuestras fuerzas, con nuestras manos, con nuestro todo. Y después se hizo tan grande esta casa, tan linda. Todo el mundo nos admiraba cuando veía nuestra casa. Entonces, él en París ya estaba bastante mal de salud del corazón. Mi marido estaba tres veces internado en París: los mejores hospitales, lujoso, yo no sé... .[se le quebranta la voz]

M: ¿Te ayudaron allí? ¿Te ayudaron?

G: Todo el Estado; todo, eso sí, como exiliados. Fijate que yo nunca pensé que a mí me corresponde, porque los que estaban exiliados cobraron. Pero ahora Frida, puede ser que ella se interese, ella a mí me dijo que sí, que puede ser que me corresponde. Pero... qué sé yo. Pero yo tenía gente y

podía ir a hablar a cualquier parte con un intérprete argentino. Tenía una abogada francesa que nada más, lo que me decía: "Clara, vení"; [era] lo único que sabía decir. Y venía con el auto y me llevaba. Y se hacían reuniones de abogados y qué sé yo. Y yo decía, yo volveré si me dejan hablar, si me dejan contar lo que han hecho en Buenos Aires, en Argentina con los abogados que hay [inaudible] más de cien abogados desaparecidos, y decía: "Sí, vení". Bueno. Me llevaba. Me lleva a una sala más grande que mi cabeza, nunca he visto tantas entradas y salidas de un salón un... .

No te puedes imaginar: 2,000 abogados entraron. Y ella va conmigo y con un muchacho para que hable, porque yo no aprendí una palabra en París, porque con todo lo que yo tenía, y mi marido enfermo, ya a mí no me entraba el idioma, cuando fuimos grandes, no hay caso. Entonces me lleva a la mesa a decir que yo soy tal, y tal, soy una Madre de Plaza Mayo, tengo dos hijos desaparecidos y quiero hablar de los abogados argentinos. Y estaba un viejo todo canoso, dice: "No, acá no se va a hablar de política". Entonces la abogada me dijo: "Ese viejo, es un viejo facho". Cuando bajamos, sube uno, otro viejo, lo saluda. Ella dice: "Éste sí". Y le dice que en sol y todo, y nos dice: "Vamos". Y vamos. Nos llevó a la mesa; a mí me lleva, yo no sé, pero dice: "Vayan a sentarse, los van a llamar". Y así fue. El otro... después, cuando sube Mitterand, lo hace ministro no sé, no me acuerdo ahora de qué, y esta abogada todos los días me decía: "Clara, vamos, vamos". Ella quería ir

conmigo a darle las gracias, porque ya era ministro. No sé lo que era cuando nosotros fuimos con él. Y yo nunca tuve tiempo y no le fuimos a dar las gracias al viejo, porque Mitterand era otro 'buena cosa'. Había cuatro millones de comunistas y él dijo: "Si me dan los cuatro millones de votos, a cada millón, para dar un ministro comunista". Y así fue. Pero después lo sacó a todos. [risas] Con uno tengo la foto. Porque hacían dos elecciones, la primera la ganó otro que era un poco más de izquierda, éste allá, de derecha. Entonces llaman a otra vez el mismo partido y ganan. Pero el primero era un poco más... pasaba. Éste era un facho. La mujer más, la mujer es muy de izquierda, la de Mitterand.

M: Ahora, ¿pasaron mucho tiempo en Francia?

G: Sí, sí. Como cuatro, cinco años.

M: Pero ya habías entrado en las Madres.

G: Cuando volví, sí.

M: No. ¿Antes de ir a Francia o después?

G: No, no. Fue cuando volví.

M: ¿Cómo fue eso? ¿Cómo es que entraste?

G: Fue muy feo eso. Muy feo. **Muy feo.** Yo la Hebe [Hebe Bonafini] nunca la saludé. Iba a la casa, después ya dejé de ir e iba derecho a la plaza, por qué, porque ella sabía quién era yo, que era de izquierda. Yo vengo a Buenos Aires, y hay un acto... acá lo tengo... [Adolfo] Pérez Esquivel, es un... ¿cómo se llama?

M: Derechos humanos.

G: Eso. Premio Nobel, es. Hay un acto que va a hablar Pérez Esquivel, y yo me hice muy amiga con Pérez Esquivel, en París. Y ahora, cuando él me ve, él dice que yo soy el símbolo de las Madres, pero ya hace un año que no voy. El símbolo se borró. Entonces yo voy a... era un estadio deportivo muy grande, porque también [había] un acto para los inundados. Entonces iba a hablar Pérez Esquivel, yo voy. Como yo ya estaba mal del oído, yo me senté adelante para escucharlo bien hablar, después charlar con él, porque éramos muy amigos: 'vieja gaucha', nunca me dijo Clara. Cualquier nombre, qué sé yo, buenísimo el hombre. Bueno, la cuestión que, estoy sentada en una silla así, y acá [estaba] el escenario, y estaba esperando a que venga él a hablar, y no viene. Y hacía calor y [era] un estadio todo sin techo. El sol quemaba. Y al lado mío, hay una silla desocupada. Yo estoy ya... había hecho un pañuelo, sentada con el pañuelo. Viene una señora, se sienta al lado mío, no me saluda, no me pregunta quién soy; también con él [Pérez Esquivel] se sienta ahí. Al rato viene un mozo, no sé qué, y le traen un vaso de bebida así de alto, así de grande: frío. Ella se toma ese vaso, no dijo: perro, gato, tomá un poquito... nada. No me preguntó quién soy; yo no le dije; hasta hoy día, jamás la saludé. Yo después se los conté a la demás gente amigos míos. Pero ese es Hebe. ¿Entendés? Una persona que no entiende nada de

nada. Tiene gente que le ayuda, ya escribió libros y todo. Adonde ella dice que nunca supo nada, porque cocinaba nada más, como era la inmensa mayoría de las mujeres. Era una mujer de la casa, jamás salió a la calle por nada.

M: ¿Pero cómo es que entraste en las madres?

G: Y ahí entré: ahí.

M: Ah, pero ya llevabas pañuelo.

G: Pañuelo. Cuando volví, claro, pero yo recién volví del exilio. Entonces cuando me ve una persona que no me vio nunca y que llevo un pañuelo, y que estoy sentada al lado de ella, y le traen un vaso de bebida fresca, y hace calor que quema el alma, aunque no tenga pañuelo, pero estoy sentada al lado tuyo, bueno, ¿vos no vas a agarrar y vas a decir, tomá un poco? O si no, me preguntas, de dónde sos vos, que yo no te conozco, ¿vos nunca vas a las Madres? Entonces yo le digo que, llegué hace un mes o quince días; charlo con ella: muda estaba la tipa. Después nunca más le miré la cara. Yo iba a la casa. Pero a ella no la saludé. En cambio ella sí hizo mucha fama. Y en el extranjero, a las Madres, por ejemplo, en París, adonde vas, hay escrito de las Madres con letras así, grandotas, por la calle, por el asfalto, todo, las quieren muchísimo.

M: Pero vos te juntaste con otras Madres. ¿Cómo te juntaste con ellas?

G: [risa] Una va y charla... .

M: Fuiste a la plaza.

G: Charla y conferencia. ¿Cómo me junté con vos? ¿Viste? Es así. Pero con ellos... .

M: ¿Empezaste a ir a la plaza?

G: Sí. Yo iba... . No, a las casas de las Madres, también. La que... dejé de ir a la casa cuando se separaron. Ya fue muy feo. No soy ni del uno ni de otro. Voy a la plaza, charlo con mis amigas, con gente, pero a la casa no voy: ni de ésta ni de ésta. voy a la plaza. Pero ahora hace más de un año que no voy. Porque cuando se vuelve de la casa... yo antes... había una vecina, acá, a la vuelta que, ella iba, tiene un hijo desaparecido, íbamos las dos, que yo no estaba enferma de los ojos ni nada. Ahora ésta sí fue hace ya como dos, tres años. Pero yo seguía yendo, pero desde que me enfermé de la vista, yo sola no puedo volver a esta hora. Y ya cada vez estoy más... qué sé yo, así que, hace un año que no voy a la plaza. Tengo gente: Perla, el compañero ya vive en su casa, se fue a vivir en la casa el compañero. Tiene un compañero director de una revista socialista, y es una persona... y ella también, son gente... . Tengo muchas así, como Perla. No hay muchos, hay que... supón. Pero hay. Hay gente así.

M: No sé si querás añadir alguna otra cosa sobre tu vida acá, en Argentina.

G: Toda mi vida era la vida de mis hijos. Mis hijos cayeron jovencitos. Esto ya fue la muerte en todo el sentido de la palabra. Y ya ves que, de estas fechas, yo no... yo sé lo que pasó, y sé lo que hice y todo. Yo, en Rosario hice

muchas cosas por mi hijo y dos más que estaban con él, porque había... que no podían dormir, estaban como recién hechos de [ininteligible] para dormir. Y un día me dice mi hijo: "Mamá, sabes, a nosotros nos pasa como a los pollos al [ininteligible], que dan vuelta para que se caliente el pollo, a darles vuelta para que se vaya asando. Nosotros hacemos como los pollos, pero al revés, para calentarse. Ellos para que se puedan asar, ¿viste cómo se dan vuelta?, si nosotros nos damos vuelta, cuando nos enfriamos en un lado, nos damos vuelta para el otro lado, porque no se puede estar... la porland [?] es fresca, recién hecha. Y así dormían, sin colchón, sin nada. Yo empiezo a hacer cosas, porque adelante había un salón y una perfumería de los militares, para las mujeres militares, y atrás estaba esa comisaría, no sé lo que había. Entonces yo todos los días... no podía ver a mi hijo todos los días, pero yo estaba en la puerta cuando entraron las mujeres a comparar los perfumes. Yo a los gritos les decía que, tengo mi hijo profesor y me lo encerraron acá, y todo, todo, todo. Así que, todo el mundo se tenía que enterar porqué yo estoy ahí, en la puerta. Cuando el tipo estaba sentado para darle, qué sé yo, del negocio del perfume, pero todo del militar. Una mujer así no podía comprar ahí. Entonces cuando me vio a mí, se agarró así, se golpeó la cabeza, porque ya sabía que yo hago una rueda de mujeres de todos los que entraron y que salían me tenían que escuchar a mí a los gritos. [yo] Tenía una fuerza inmensa. No sabes todo lo que... . Todo era...

pero fechas, preguntaban en qué año, en qué cosas... .

M: No, pero está bien, no hace falta. No hace falta.

G: ¡Ay! ¡Es muy difícil vivir! ¡Muy difícil! ¡Muy difícil!

M: ¡Hay otra cosa que querás añadir o es suficiente?

G: ¡Ay!, tendría tanto, tanto, tanto, pero es mejor... .

Final de la entrevista